

Cuanto soñé en mi juvenil anhelo
De calma, fe y bienandanza un día,
Sería un vano sueño
De un alma rediviva.

LXII

Cantar una dicha borrada con llanto,
Perdida en la sombra, con dulce quietud;
Cantar un recuerdo bendito imborrable,
Ha sido el delirio de mi juventud.

La ausencia á mi alma no trae el olvido:
Jamás con mis sueños pudiera anidar,
Que llevo su imagen presente en mi alma
Que dudo la muerte pudiera borrar.

La luz del recuerdo que alumbró mi vida
Con dudas inciertas me trae el dolor;
Un cielo de amores miraba en tus ojos,
Que hermosos reflejan é inspiran amor!

LXIII

Llegó hasta mí con su inmortal tristeza
La musa de mis íntimos dolores;
Llegó como eco de un suspiro errante
Que va en silencio despertando flores.

Como caricia mística, cual beso
De la luz sideral en la pupila,
Como delirio de imposible goce
En mi existencia al parecer tranquila.

Como un emblema de fugaz ventura
Hubo algo eterno que anidó en mi pecho,
Y en la ruda batalla de la vida
Me sentía enamorado y satisfecho.

Y con la excelsa gloria, si soñaba
Algo esplendente en mi sufrir eterno,
La primavera de la vida huía;
¡Y llegaba á mi espíritu el invierno!

Dadme un rayo de luz, ¡luz de esperanza!
Soy pobre alondra que extravió su nido,
Soy una sombra de la dicha muerta
Que amortaja en las brumas del olvido!

LXIV

¿Qué es la vida?—La vida es un martirio
 Que comienza en la cuna,
 Intranquilo sopor del que embriagados
 Estamos con la angustia.
 Vanidad y mentira que aparecen
 Al llegar á la tumba,
 Donde el cuerpo descanza en ese sueño
 Que jamás se perturba.

¿Qué es la muerte?—La muerte es el ocaso
 De un astro que se oculta
 En el claro horizonte en que las almas
 Disiparán sus dudas;
 El eco de un lamento que se extingue ...
 Perpetuidad confusa,
 A que sujetas estarán las almas
 Más allá de la tumba!

.....
 Y dormimos el sueño de la vida
 Mientras su influjo dura,
 Y esperamos con ansias ese término
 Del despertar, cuando la fe sucumba!

LXV

En el verde follaje, en la espesura
 Del bosque melancólico y dormido
 Donde se oye un rumor descorocido
 Y el alma se extasía en la ventura;
 Una púdica flor, fresca y lozana
 Al casto beso de la brisa errante,
 Y al despuntar la luz de la mañana,
 Brilla en sus hojas, pura y deslumbrante
 La gota de rocío congelada;
 Corona de diamante que lucía
 Cual la mística lágrima del día
 Que su cáliz encierra perfumada.

Más tarde en los albores
 De una vida tranquila y placentera
 De una ave en primavera;
 El rey cantor del bosque y sus amores
 Bebió en el cáliz de la fresca rosa,
 Límpida gota que dejó la noche
 Bañando cariñosa
 Sus hojas antes de romper en broche!
 La flor se marchitó.

El rayo ardiente
 Del sol, secó sus hojas sonrosadas;
 Y huyendo su perfume, sonriente
 Al cielo se elevó en las alboradas.

LXVI

Te amo, porque á mi alma que padece
 En ausencia tan larga,
 La consuela tu único recuerdo
 Que mi memoria guarda:
 Porque sé que en la noche, silenciosa
 Evocas las pasadas
 Horas de venturanza; y que suspiras
 Cuando deliro en calma.
 Porque sé que tus ojos me predicen
 La ventura soñada;
 Porque sé comprenderlos si me miran
 Y en ellos miro el cielo de tu alma!

LXVII

Era yo pobre sin más riqueza
 Que mi desgracia para mi afán;
 Y con mis sueños y mi tristeza
 Crucé de mi alma la tempestad.

Era yo pobre. Templé mi lira,
 Ruda, ignorada como el cantor . . .
 Que arranca quejas y que se inspira
 En sus veladas de trovador.

Tuve mis dichas, tuve mis glorias
 Allá en mis horas de juventud;
 Mas hoy, se anidan sólo memorias
 De mis visiones blancas, cual tú!

Miro el pasado como una sombra,
 Que no te sueño para mi amor;
 Y alma de mi alma, mi alma te nombra
 En los delirios de su pasión.

Pobre guiñapo descolorido
 Es el recuerdo que guardo aún
 De aquellas horas, —del bien perdido,—
 En mis ensueños de juventud!

LXVIII

Yo quisiera explicarme ese misterio
 Que no comprendo en tu fugaz mirada;
 Hay algo angelical en tu semblante,
 E infinita ternura encierra tu alma.

Yo quisiera saber si las sonrisas
 Que me prodigas en mi afán creciente,
 Mentiras son de lo que yo he anhelado
 En los locos arranques de mi fiebre.

Yo quisiera saber si cuando á solas
Viene hacia mí tu pensamiento, sueñas
En horas gratas de ilusión y dicha,
O en otro mundo que tu alma encierra.

Yo quisiera soñar con tus delirios,
Aspirar el perfume que tu aspiras,
Y vivir adorándote de hinojos
Con estas ansias que en mi pecho anidan.

Yo quisiera ser luz, luz y perfume;
Luz en tus ojos é inspirar ternuras,
Alhagar con delicia tus sentidos,
Ser idea que en tu cerebro bulla.

Yo quisiera tu amor! . . . Y es imposible
Unir las sombras con el claro día;
Fúlgida estrella de mis noches tristes,
De las noches dudosas de mi vida!

Por eso torno á tí mi pensamiento:
Porque disipas mi letal tristeza,
Cuando tus ojos de mirada ardiente
Iluminan el caos de mi existencia! . . .

LXIX

Página de una historia indescifrable
Ha sido nuestro amor;
Fngaz como la estela
De un astro que cruzó,

—
La misteriosa soledad arcana
Dei infinito azul:
¡He sido yo la sombra
Donde cruzaste tú!

—
Girón de nube que en el espacio
Flota y ondea, vapor de niebla
Que desvanece la luz del sol;
Son los recuerdos, que me acarician;
Son mis delirios, aun palpitantes;
Son los ensueños que me inspiró!

LXX

No está bien que con lágrimas tus ojos
Miren los míos; la tristeza inmensa
Reflejan de tu espíritu que llora
Silencioso con todos sus dolores . . .

—El vapor en rocío se condensa
 A la caricia de la nueva aurora
 En los místicos senos de las flores!—
 Así . . . llorosa, enamorada y tierna
 Tu alma virginal abre su seno
 Para que aspire el celestial perfume
 Que emana en sus delirios,
 Otra alma enamorada
 Hermana de la tuya.
 Arroja la tristeza que aparece
 En tu semblante pálido;
 —Las sombras huyen cuando llega el día
 Y el rumor de las hojas se confunde
 Con la cántiga suave de la alondra
 Cuando al morir la tarde el sol se hunde.
 Mañana, si en tu espíritu decrece
 La fe ó la esperanza,
 Yo animaré tu espíritu cansado
 Y ornaré tu cabeza soberana
 Con la corona de azucenas blancas
 Vírgenes como tú, que recogiera
 Con la flor de naranjo, que es emblema
 De candor y pureza;
 Y tú á la vez inundarás de dicha
 Al peregrino errante y desolado
 Por la árida senda de la vida
 Que sufre los embates del destino,
 Que anhela conquistar la fe perdida.

Mas si guardas feliz, en la memoria
 Mi recuerdo y con él tu alma se aduerma,
 Nunca la dicha me será ilusoria,
 Mientras aliente tu esperanza enferma! . . .

LXXI

Cuando ríes, tu risa es el gorgojo
 De tímida paloma;
 La cascada de notas argentinas
 Que embelesa y asombra.

Cuando lloras, tus lágrimas son perlas
 De lluvia, en las corolas
 Albeantes de las flores sonrosadas
 Que vertió en ellas la aurora.

Cuando miras, tus ojos el espejo
 Son, de que atesoras
 Un alma angelical y enamorada,
 Y eres luz de mis sombras!

LXXII

¡Oh, qué triste canción que parece
Resurgir con misterio
En las noches tranquilas de luna,
Y formula en las frondas el viento!

¡Cuántos cantos como ése modulan
Los suspiros, como eco
De gigante pasión que atesora
Tantos dulces y castos recuerdos!

¡Qué doliente el rumor que se pierde
Y renace á lo lejos,
Como arrullo en los nidos ocultos
O sea el himno gigante de un beso!

Notas tristes, de vaga armonía
Y de angélico acento:
¿Sóis palabras de amor, sóis palabras
Que los labios ahogaron á tiempo?

¿Sóis acaso las notas que llenan
Los espacios del templo,
Y en las nubes de incienso se elevan
Juntamente con ellas al cielo?

¿Dónde váis y qué sóis? ¿Sóis gemidos?
¿Sóis suspiros, arrullos, lamentos? ...
—¡Nada más que la ténue caricia
Que produce en las hojas el viento!

LXXIII

Ojos de dulce mirar
Tan negros como la pena
Que á mi alma ardorosa llena
En sus horas de pesar.

Ojos que inspiran teruuras
E idealidades inspiran,
Ojos que cuando me miran
Me presagian mil venturas.

Ojos tranquilos que besan
Cuando tienden la mirada;
Ojos que sóis la soñada
Ilusión que á mi alma expresan.

Ojos que el cielo formó
Llencs de melancolía,
Que son de mi alma el día
En sus noches de dolor.

Ojos que infunden pasión,
Pasión á un tiempo sentida;
Porque son luz, calor, vida
De mi alma y mi corazón.

Ojos negros que tenéis
Titilaciones de estrella,
¡Quién os tuviera como élla
Para ver como me véis.

LXXXIV

Te ví cruzar el árido sendero
Que llaman vida, con la frente triste;
Y en la tristeza que anegaba tu alma
El pesar de la mía comprendiste.

Soñaba no sé qué. Era mi eterno
Sufrir la voz de mi esperanza muerta;
Y anhelando tu amor, quiso el destino
Que palpitara otra esperanza incierta!

Te dí mi amor, y con mi amor mis versos,
Y guardé tu recuerdo en la memoria,
—Como avaro que guarda su tesoro,—
Vano fantasma de mi triste historia.

LXXXV

En la solemne calma mi espíritu sentía
Algo como caricias, de besos de mujer;
Y en mi memoria entonces, hallé que se perdía
El más dulce recuerdo, del venturoso ayer!

Y con mis febricitantes deseos nunca cumplidos
Oí una voz angélica: de lo alto descendió;
Y ví cruzar mis sueños que estaban adormidos
Y, ¡oye mujer, escúchame, gritó mi corazón!

EL POETA

—Yo soy un habitante que vengo del olvido,
País donde no se halla la dicha ni el amor;
Los vírgenes delirios que tuve han huido
Para dejar exhausto de vida el corazón . . . !

LA MUSA

Yo soy . . . esa armonía que en el espacio flota
Y lleno todo el cosmos de meridiana luz;
Perfume en las corolas y entre las frondas nota
Que el viento dá en sus giros y que comprendes tú

EL POETA

Yo vivo en esos mundos que adornan el espacio,
La patria de otros séres, la vida inmaterial;

LA MUSA

Quimeras de tu mente, no es eso aquel palacio
Que en tus afanes sueñas y logres alcanzar.

EL POETA

Yo creo hallar un algo envuelto en el misterio,
Como hálito de gloria del mundo en derredor;
Y de la vida miro cuál sea el hemisferio
Que se hunde en lo profundo é ignoto del dolor.

LA MUSA

¿Sabes cuáles tu patria? ¿Sabes cuál es la mía?
Encarnación beatífica del arte he sido yo;
Yo floto en los crepúsculos y soy toda armonía,
¡Irradiación celeste del cielo y del amor!

EL POETA

¡Oh ven á mí, en mis ansias! Mi aspiración
(creciente
Haces que vaya á tí, magnífica visión:
Germen de los delirios que anidan en mi mente,
Síntesis completa de mi inmortal pasión!

LXXVI

Cuando vuelen las hojas de los árboles
Marchitas por el cierzo en su furor,
Sobre el profundo légamo del río
Donde sus rayos reflejaba el sol;

Cuando vayan las pardas golondrinas
Presurosas en pos de otra región,
Y el viento no preludie entre las frondas,
Y en la selva se apague su rumor;

Cuando cubran las nubes el lejano
Puro horizonte en otro tiempo azul,
Y se oculte en el seno de los mares
Del almo sol la refulgente luz;

Cuando en la noche silenciosamente
Contemples melancólica el fulgor
De la argentada luna, y ya no escuches
Mis palabras dulcísimas de amor;

Cuando se entornen tus divinos ojos
Y divagues tu espíritu al crear
En las ansias quiméricas del sueño
Realidades con vida inmaterial;

Cuando sufras la ausencia y que la duda
 Enerve tu cerebro, y la pasión
 Inmortal, poderosa, incomprensible
 Encienda con su fuego el corazón;

Cuando enjugues las lágrimas vertidas
 Y tú sueñes en horas de ilusión,
 Porque vino el recuerdo á tu memoria
 Evocando la dicha que pasó;

Entonces! . . . en la eterna y más solemne
 Calma, habrás de escuchar siempre una voz;
 Los suspiros de una alma entristecida,
 ¡Mis palabras dulcísimas de amor!

LXXVII

Hacia el país quimérico del sueño
 Tornó mi alma á contemplarla un día:
 Era vida y amor, soplo risueño
 De eterna bienandanza, de alegría!

Era luz celestial, era imposible
 Que habitara en la sombras de la tierra:
 Y fué mi aspiración indefinible,
 Y fué el amor que el corazón encierra.

Por eso cuando sufro, cuando vive
 La vida del amor adolorida
 Mi alma, tranquila de su sér recibe
 Consuelo y paz, y hasta la fe perdida.

Y esa fué la visión de mis quimeras,
 Germen de ansias que en mi pecho bullen...
 Será la redención del que no espera,
 Hoy que las sombras de mi vida huyen!

LXXVIII

Ya que el destino quiso unirnos con el lazo
 Excelso del cariño; formando de dos almas
 Un solo corazón:
 En la tristeza inmensa que doblegó á mi espíritu,
 Cuando llegó la ausencia; perdíme en el olvido
 Y se extinguió su amor

Después, á los rigores del infortunio, ha huido
 La fe con la esperanza para anhelar cariño
 Tal vez de otra mujer;
 Ya, con el alma enferma, si anhelo en mi exis-
 (tencia
 Algo que me consuele. ¿qué ha de soñar mi alma
 Si desgraciada es?

LXXIX

Guardo una flor como recuerdo triste
 De mi primer amor;
 Y seca, y amarilla, y deshojada
 Conserva aún su imperceptible olor . . .

Y unas cartas también, que un día de tu alma
 Fueran la confesión;
 Y entre las cartas, la guedeja negra
 De la virgen que fué mi adoración.

Ni la flor, ni sus cartas, ni ese rizo
 Me causan tal dolor,
 Como el olvido de élla, ¡veleidosa!
 A quien juré un eterno, indefinible amor!

LXXX

A mi memoria vuelve, dulcísimo recuerdo
 De mis mejores tiempos, que para amar soñé;
 Y en mi ánimo afligido vierte tu dulce encanto
 Que traes en el misterio del venturoso ayer!

Entonces, que á mi alma llegaron en mi anhe-
 (lo,
 Cantando en dulce coro la dicha, la ilusión. . . .
 Yo era feliz, y á solas; juzgué mi afán eterno,
 Excelsitud de un alma gigante en su pasión.

Mas hoy que me acompaña mi funeral triste-
 (za,
 Ni el eco de un suspiro percibo en mi pesar:
 Ya la ilusión no canta, mas vive su recuerdo
 Dulcísimo en el alma, para siempre jamás!

LXXXI

¡Cuánto recuerdo guarda mi alma
 Como cadáver de la ilusión!
 ¡Cuánta tristeza, é inmensa calma
 Guardo en el fondo del corazón!

Ayer tan dulces y cariñosas,
 Eran tan castas como mi amor
 Mis ilusiones; las mariposas
 Que ha despertado, la luz de un sol

El sol divino de tus amores,
La bella aurora de tu mirar:
Me ha deslumbrado con sus fulgores . . .
Trajo á mi alma, felicidad.

Mis mariposas! La miel libaban
En las corolas de blanca flor;
Y jugueteando . . . después . . . volaban
Como asustadas de algún rumor.

Flores del alma que estáis marchitas,
Y sin perfumes y sin color;
Flores del alma, flores benditas,
Recuerdos gratos, de una ilusión!

LXXXII

Eres tú la que llegas silenciosa
A cubrir con un velo sin color
Mis ojos de llorar enrojecidos
Sonriendo triste, de inefable amor?

Llegas á visitarme virgencita
Llena de dulce y celestial rubor
En los sueños de mi alma enamorada
Velando el lecho cuando duermo yo?

¿Por qué en tu boca se ahogan los suspiros?
¿Por qué el llanto tus ojos empañó?
Y, ¿por qué te estremeces si recuerdas
Todo lo que ha pasado entre los dos?

LXXXIII

Si supiera cantar! Si en mis versos
Encontrares algunas palabras
Que tu alma mi vida comprenda
Y me dieras alguna esperanza! . . .

—
¿Qué se hicieron las dichas sin nombre?
¿Qué los gratos aromas de blancas
Margaritas y pálidas violas,
Empapadas en besos y lágrimas?
¿Qué se hicieron las aves del huerto?
—Ya no cantan su amor cual cantaban.—
¿Dónde están las chiquillas del nido
Hoy que el viento lo mece en las ramas?

Todo llega ¡ay! pasa, . . . se olvida;
 Nada vuelve de aquello que pasa;
 Surge dulce ilusión y nos deja
 La tristeza en el fondo del alma.

—
 ¡Ilusiones, venid á arrullarme
 Necesito en mi amor vuestras alas,
 Yo que siempre al llamaros ansioso
 Nunca olvido las dichas pasadas!

Volverán! ¿y quién sabe el futuro . . . ?
 ¿Lo presente en sus dudas el ánima?
 Yo estoy triste, y risueñas, alegres
 ¿Volveréis á ofrecerme la calma?

Si mi vida es tan sólo tristeza
 Y está llena de espinas y lágrimas,
 Sólo quiero que siempre recuerdes
 Quién ha hecho la luz en tu alma.

Y perdona este canto que ensayo;
 Son las notas que encierra olvidadas
 Este pobre cantor de sus penas
 Que en sus dulces delirios, te ama!

LXXXIV

Así como el perfume de las flores
 El viento lleva en su regazo frío,
 Viene también con el pesar sombrío
 El recuerdo feliz de mis amores.

Y después, cual sus mágicos primores
 Que el huracán con su furor bravío
 ¡Ay destruyó! tu corazón, bien mío
 Ha sufrido también con mis dolores.

Ese es nuestro destino, esa es la suerte
 Que plugo al cielo darnos con la vida;
 ¿Cuándo me muera llorarás mi muerte,
 Angel de mi ilusión, virgen querida?
 ¿Cuándo mi alma en el cielo se despierte,
 Será mi alma con la tuya unida?

LXXXV

Surge el recuerdo de dichas muertas
 Entre las nieblas de una ilusión:
 Y el alma triste y encariñada
 Medita y llora lo que perdió.

Numen de gloria que no se aspira,
Versos y rimas,—cantos de amor,
Germen de ensueños, abriga el alma;
Tristeza inmensa, mi corazón!

LXXXVI

Si escucháis un tristísimo lamento
Del que llora sin tregua á su pesar,
Recordad que sus tetricos dolores
Debemos consolar.

Que debemos llorar con el que llora
La infausta suerte ó un negro porvenir;
Porque también nosotros en el mundo
Habremos de sufrir.

Y si no consolamos al que llora
Su malandanza ó su dolor fatal,
Cuando lloremos en amargo duelo
No nos consolarán!...

LXXXVII

Yo he mirado al incierto
claror de la luna,
Las estrellas brillar en el fondo del cielo
Como lágrimas dulces
y eternas temblar;
Cual si fueran pequeñas diademas de oro
Que la luz abrillanta
con rayos de fuego.
Reflejando sus vivos destellos el mar.

En las aguas undosas,
corona es la espuma
Y penacho de perlas que al golpe se pierden
Cuando baña las gotas,
del iris la luz;
Y en la playa cubierta de conchas menudas
Glaucas ondas que besan
la orilla en que mueren,
Son sutiles y blancos encajes de tul.

Del misterio es la noche el emblema sombrío
Do se acallan las últimas notas del día
Cuando duerme la vida y despierta el dolor:

Cuando llena está el alma
de dudas y olvido,
Abatida en el mar de la pena infinita
Con los tristes y muertos
recuerdos de amor

Mientras bullan las ondas y bañen la orilla,
Mientras brille y explenda la luz de los astros,
Y su imagen refleje el quebrado cristal,
Y la noche sea el sueño
misterio del día:
Vivirán en la noche del alma callados
Indecisos ensueños
de amor funeral!

LXXXVIII

Sublime encarnación de mis ensueños
Y perenne ambición del alma mía,
¡Ah, ilusión imposible que he perdido
Con las cenizas de mi fe de un día!

¿Dónde está de mis vírgenes delirios
La imagen casta á quien rendí mi culto?
¿Qué fué de el altar donde en un tiempo
Ofrecí lo que mi alma lleva oculto?

Templo solitario, ahora frío
Es ya mi triste corazón en ruinas,
De luto y duelo místico apartado,
Lleno de aspiraciones peregrinas.

LXXXIX

Soy un alma errabunda y acaso llevo el germen
De una eternal tristeza, transida de dolor;
Y de la suerte en brazos ansía en mi existencia
La paz solemne y grata mi muerto corazón.

Tal vez no tenga lágrimas para llorar á solas
El infortunio mísero que agobia mi existir;
Hasta que llega el triste y último momento
En que abandone el mundo, ¡y hasta dejarte á tí!

El mundo no me importa, de tí sería imposible,
Me llevaría en la mente tu imagen celestial;
Y en la región ignota y azul del claro espacio
Esperaría tu hora que al fin, ha de llegar...!

Supremo y duro instante cuando la vida ha sido
Cadena de alegrías, encantos y placer;
Feliz y ansiado término para dormir el sueño
Profundo de la muerte, sin dudas y sin fe!

LXXX X

A un ángel caído

Aparta ante mis ojos! No anhelo lo que ansías,
No quiero las caricias de fuego abrasador;
Oculta de tus senos la espléndida blancura
No insultes de mi alma su místico rubor.

Nací para el silencio. No intentes convencer-
(me
De que en la orgía busque, ensueños del placer;
Yo, vivo en otro mundo cruzando esta existen-
(cia

En sucesión eterna de dudas y de fe.

Si en otro tiempo quise pagar con mis amores
Los ósculos que imprimen la maldición de tí;
La culpa ha sido mía: que todos mis pesares
Contemplo en muda calma, y mírome infeliz.

¡Déjame en mis tristezas! Pudiera el oído in-
(sano
Dentro del pecho un día sus furias estallar
Déjame en mis tristezas: la compasión me ins-
(piras
Que al fin tú no sueñas en el tranquilo hogar!

LXXXXXI

A un poeta

Los tristes, que no buscan en el mundo ruido
Alivio para su alma,—consumación de amor:—
Son éstos mis hermanos, que anhelan lo que
(sueñan,
Y sueñan lo que aman en su íntimo dolor.

Si cuando el astro surge la flor cierra su broche,
Y al suspirar el viento, gemido es ó cantar;
El alma que está triste, es astro que irradiá
Con una luz purísima, sidérea é inmortal.

La vida es un misterio; cuanto en el alma cabe
Y todo lo que encierra también el corazón,
Misterio es que adivino; misterio que no todos
Penetran porque ignoran lo que es *aspiración*.

De todo lo que oculto abrigo en mi existencia,
De tierno y amoroso que para el mundo no es;
Lo aspiro en las regiones etéreas del recuerdo,
Que para mi alma ha sido, revelación del ser!

LXXXXII

A una pálida

Canto, ¿y por qué? Porque tu amor me inspira
 En mis horas de dicha y de tristeza;
 Porque miro tu pálida belleza
 Y brota el canto de mi triste lira.

¿Sabes por qué mi corazón suspira
 Y siento el alma de pasión opresa
 Mujer de bendición y de pureza?
 ¿Por qué en su duelo el corazón te admira?

No alcanzo á comprender lo misterioso
 Del secreto que en la alma se me encierra,
 Veces hay que estoy triste ó muy contento

Y sin que acuda el llanto silencioso
 A mis ojos, ó voy sobre la tierra
 ¡Ay! llevando el pesar y el sufrimiento!

LXXXXIII

Iba á morir la tarde:
 Del mar en la ribera
 Mirábamos hundirse
 La luz crepuscular;
 La mar estaba en calma
 Las ondas en las peñas
 Golpeaban sin cesar.

La barca continuaba
 Del viento al ténue impulso,
 Que acariciaba prófugo
 Las almas, al pasar.
 Todo era hermoso, entonces;
 La eterna melodía
 De la onda glauca y nítida
 Llegaba en mi retiro
 Mis sueños á arrullar!

Cantaban los marinos:
 Niña de azules ojos,
 Y de cabellos de oro,
 Ven, vamos á bogar!
 Tendrás por lecho el barco,
 Por pabellón el cielo
 Por lámpara la luna
 ¿No quieres navegar?